

La herencia del tsunami

2004 se cierra con la trágica noticia del desastre provocado por un tsunami en el Océano Índico, el 26 de diciembre. Un terremoto de nueve grados en la escala de Richter provocó los inmensos oleajes que terminaron con las vidas de miles de personas —150,000, según los cálculos provisionales— en varios países asiáticos, entre los cuales figuran Sri Lanka, la India, Tailandia e Indonesia. El sitio informático de Cruz Roja Internacional estaba saturado, dado el gran número de personas que buscaban información acerca de sus familias residentes en estos países.

La catástrofe golpeó con mayor severidad a la población más desprotegida: a los pobres y a los niños. Wivina Belmonte, representante de UNICEF, estima que las secuelas del desastre las pagarán estos últimos. Una tercera parte de las víctimas son niños. La devastación también dejó a los infantes supervivientes en un estado de indefensión, quedando muchos de ellos al margen de las redes de explotación infantil, o librados a su suerte. “Probablemente subestimamos el impacto (del desastre) sobre los niños. Mucha gente ya habla de

la generación tsunami. Desde los primeros días, los niños fueron los primeros afectados en términos del mal acceso al agua potable y a la comida, por lo que sospechamos que el número de bajas crecerá”, declaró la funcionaria del organismo internacional. Esta generación tsunami hereda una infancia y una juventud más difíciles y precarias de lo ordinario. Hay que considerar que, si bien la reconstrucción de la infraestructura física en cada uno de los países afectados será una tarea titánica y que absorberá una cantidad impresionante de recursos, la recuperación psicosocial de la niñez y juventud será aún más ardua. Esto, sin tomar en cuenta las víctimas que dejarán las posibles epidemias u otros problemas de salud producidos como secuelas de las inundaciones.

El mundo actual, que se precia de haber arribado a una era globalizada, no puede considerar esta catástrofe como algo ajeno. Así lo han entendido muchos gobiernos, organismos y personas particulares, que se han solidarizado en los hechos con las víctimas. Pero hay maneras y maneras de ofrecer ayuda. Un nuevo paso en falso de la administración Bush lo marcó el ofrecimiento del gobernante de destinar tan sólo 35 millones de dólares, paso en falso que intentó remediar después añadiéndole un cero a la cifra. El mísero ofrecimiento motivó las críticas de Jan Egeland, alto funcionario de Naciones Unidas, quien acusó a los países ricos de ser “mezquinos”. Esto último nos recuerda la parábola evangélica de la viuda. En ella, se nos dice que aquellos que tenían más dinero daban sus sobras, pero que la viuda, una mujer vieja y pobre, donó el poco dinero que tenía en el bolsillo. El corazón de piedra de los poderosos alcanza únicamente a ofrecer sus migajas, mientras que la verdadera solidaridad se da entre aquellos que están dispuestos a dar lo que realmente hace falta.

En el mundo actual, las prioridades están al revés. Hay una gran largueza a la hora de hacer gastos militares, pero una gran miseria para invertir en lo que puede propiciar la vida. “¿Pudieron evitarse los muertos del tsunami?”, se pregunta retóricamente el periodista Michael Collon. “Sí, dicen los científicos”, se responde, “colocando como ellos habían solicitado, dos ‘tsunámetros’ (unas boyas dotadas de sismógrafos) para medir el impacto de estos terremotos. Los

riesgos del Océano Indico eran conocidos. ¿Complicado? No. Desde hace cincuenta años, los Estados Unidos tienen instalados seis tsunámetros para proteger sus costas. ¿Caro? 250 000 dólares la unidad. Es lo que cuesta la maquinaria de guerra del Pentágono cada segundo (1,500 millones de dólares diarios). ¿Demasiado caro, pese a todo? Sí. Los científicos no habían obtenido los créditos. ¿Cuánto vale una vida humana en nuestro sistema?”, se vuelve a preguntar. Y concluye: “Sí, las catástrofes son naturales, pero la mayor parte de sus consecuencias podrían evitarse o aminorarse. Es cuestión de prioridad en los gastos”.

Estas prioridades apuntan, hoy por hoy, al mantenimiento de privilegios escandalosos en un mundo marcado por la desigualdad. Llama la atención que un alto funcionario del gobierno estadounidense expresara su confianza en que el aumento de la ayuda norteamericana para los damnificados del tsunami pueda mejorar la imagen de su país en el mundo árabe. Recuerda mucho la actitud de quienes hacen “obras de caridad” y se retratan con niños desarrapados, pues esto mejora la imagen pública.

El desastre natural ha heredado un desastre humanitario y económico en países ya pobres de por sí. Se insiste mucho en la globalización de la solidaridad. Esta solidaridad puede y debe expresarse en hechos concretos. El perdón de la deuda externa de los países afectados por la catástrofe y el envío de ayuda humanitaria son pasos importantes. Sin embargo, se requiere ir más allá. La extrema pobreza que caracteriza a las zonas damnificadas explica por qué estas se encuentran en un estado de indefensión permanente, no sólo ante desastres naturales de este tipo, sino también ante las manifestaciones de la exclusión socioeconómica: enfermedades, delincuencia, analfabetismo...

Los desastres naturales no pueden evitarse, pero sí pueden aminorarse sus secuelas. Para esto, no sólo se requiere que la población conozca las medidas de prevención y que se haga una fuerte inversión en tecnología para garantizar una pronta evacuación en zonas amenazadas. El que haya personas que se ven obligadas a vivir al borde de las vías

férreas o en barrancos, o, para el caso que se alude en estas líneas, casi a la orilla del mar, aumenta el número de víctimas potenciales de cualquier desastre. Por lo tanto, las medidas preventivas contra los desastres no son tan sólo saber dónde resguardarse en caso de un temblor, o como evacuar con prontitud un edificio. La mejor prevención, o, por lo menos, la mejor forma de aminorar los daños, está en el acceso a una vida en condiciones dignas. El tsunami lo que ha hecho es poner en relieve la brutalidad de la pobreza.

